

ya venían los frailes por el camino. Entonces dieron lugar a los otros para que libremente se fuesen. Partidos éstos encontraron con los otros y contáronle extensamente cómo los habían traído cercados y atajados hasta llevarlos en hombros. Llegados al pueblo estos religiosos recién venidos, fueron recibidos con grande alegría y consolación de todos.

CAPÍTULO IV. De el sentimiento que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco y Cholulla, y la diligencia que pusieron para que volviesen los frailes



A OTRA SEGUNDA CASA QUE SE DEJÓ POR VICARÍA, sujeta al convento de Mexico, fue la de Xuchimilco, otras cuatro leguas de esta ciudad, por la laguna dulce o por tierra (como las quisieren andar). Era este pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva España, con título de ciudad. Los vecinos de ella (aunque la tabla del capítulo se leyó por la tarde) luego aquella noche supieron la nueva. Otro día por la mañana fueron casi todo el pueblo al monasterio y entraron en la iglesia (que aunque es muy grande no cupieron todos, porque eran más de diez mil personas los que habían concurrido), y ellos, y los que quedaban fuera en el patio, todos de rodillas y postrados ante el santísimo sacramento, comenzaron un clamoroso llanto, rogando y suplicando a Dios no consintiese que tal cosa pasase, ni los dejasen tan tristes y desconsolados, pues los había hecho a su imagen y semejanza y había muerto por ellos en la cruz, y los había traído de sus pecados y gran ceguedad al conocimiento de su santísimo nombre y fe católica. Y cada uno por sí, después, componía palabras de oración viva, que era cosa de ver y de oír lo que decían y todos llorando, con mucho sentimiento y a veces con voz en grito, y lo mismo hacían y decían los que estaban fuera en el patio. Muchos se iban a llorar con los frailes que estaban en el monasterio; los cuales, viéndolos tan doloridos no podían dejar de llorar con ellos. Y decían los indios a los frailes que bien sabían que les mandaban ir a morar a otras partes; pero que los perdonasen, que no los habían de dejar salir, sino ponerles guardas que de día y de noche los guardasen.

En esto se les pasó la mayor parte del día, allegándose siempre gente de la comarca y lugares sujetos para ir todos juntos a Mexico; mas los principales los detuvieron porque no fuese junta tanta gente. Con todo eso fueron hartos, y entre ellos también fueron mujeres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron a Mexico a hora de misa y entraron de golpe en la iglesia de San Francisco, y postrados ante el santísimo sacramento, con mucha copia de lágrimas, presentaban sus quejas a Dios de que sus padres y maestros los querían desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesión de la reina del cielo; otros llamaban a San Francisco; y otros invocan a los santos ángeles.

Los españoles seculares que estaban en la iglesia quedaron espantados de verlos de aquella manera; y aunque no sabían de raíz la causa de su lloro, trabajaban de acallarlos, mas no aprovechaba hasta que hubieron de venir algunos de los frailes del capítulo para quietarlos y consolarlos.

Cuando los indios los vieron comenzaron a decirles: Padres nuestros, ¿por qué queréis desampararnos? ¿Aún apenas hemos recibido la leche de la fe y de la cristiandad y tan presto nos queréis dejar? Acordaos que muchas veces nos decíades que por nosotros habíades venido de Castilla, dejando a vuestros deudos y conocidos y todo vuestro consuelo, y que Dios os había enviado para nosotros, necesitados y huérfanos; pues ¿cómo ahora nos queréis así dejar? ¿A dónde iremos? Que los demonios otra vez nos querrán engañar y tragar, trayéndonos a su servicio y errores pasados.

A esto les respondían los religiosos: No queremos, hijos, dejaros, mirad, que os han engañado, que así como hasta aquí os amábamos y queríamos y procurábamos vuestro bien, así ahora os amamos y queremos, y no dejaremos de trabajar con vosotros, hasta la muerte, visitándoos y consolándoos en todo lo que os estuviere bien y conviniere. Por ventura, ¿podrá olvidar o dejar la madre al hijo? (que es lo que dice Dios);¹ y si ella lo dejare, nosotros no os hemos de dejar, pues sois nuestros hijos, que por la palabra del evangelio de nuestro señor Jesucristo os hemos engendrado; para morir con vosotros venimos, como otras veces os lo tenemos dicho. Bien sabéis que no buscamos ni queremos haciendas, ni deleites, ni otra cosa del mundo, sino vuestro aprovechamiento y veros perfectos en el amor de Jesucristo; esto procurad vosotros que de nuestra parte nunca os faltará el ayuda; y así no temáis que os dejaremos.

Estaba la iglesia llena y los que en ella no cabían estaban en las puertas, y otros en el patio, porque debían de ser todos tres mil personas. Muchos españoles que se hallaron presentes estaban maravillados, y otros, oyendo lo que pasaba, vinieron a ver lo que no creían y volvían espantados, y muchos de ellos compungidos con lágrimas de ver la armonía que aquellos pobrecillos tenían con Dios y con Santa María, y que no cesaban de rogar que los oyesen. De aquella manera se estuvieron en la iglesia, que no quisieron salir de ella hasta que los frailes acabaron de comer y vinieron allí a dar las gracias (como lo tienen de costumbre) y entonces el provincial, hecho silencio, los consoló de palabra cuanto pudo. Y viendo que no aprovechaban palabras, compadeciéndose de ellos, les dio dos frailes que llevasen consigo y los enseñasen y predicasen. Con esto fue tanta la consolación que sintieron que toda su tristeza se les convirtió en alegría; y para más consolarlos les dijo que no los dejasen venir, salvo si fuesen otros en su lugar.

Dieron, pues, la vuelta estos pobrecillos, mudado el tono del sentimiento que habían traído, en nueva manera de gozo, muy acallados y contentos con sus padres. Como los niños que habían perdido a sus madres y llorando las habían buscado y halladas, mudan las lágrimas de tristeza en

¹ Isai. 49.

lágrimas de alegría. Y en el camino les iban contando el desconsuelo que ellos y los que quedaban en el pueblo habían sentido; y cada uno trabajaba de más llegarse a ellos, como hacen los polluelos, debajo de las alas de su madre. Como iban otros delante con la nueva salieron casi los más que quedaban al camino a recibirlos con el mismo gozo.

Llegados los religiosos al monasterio y hecha primero oración en la iglesia hablaron y consolaron a todos, certificándoles que venían de asiento, para quedarse con ellos. Mas con todo eso los indios pusieron guardas que de día y de noche velasen porque no se les fuesen sus maestros y padres; y ellos sosegados y consolados, fuéronse a sus casas.

En este mismo capítulo (que arriba dije se celebró en Mexico) quedaba otra casa sin título de guardianía, sujeta al convento de Huexotzinco, para que fuera visitada de los religiosos de aquel convento, como vicaría; éste era el pueblo y ciudad de Cholulla, que ahora es de las mejores casas que tenemos y que ha muchos años que sustenta estudio de mozos, y hay de continuo treinta y más moradores en esta casa; y la gente del pueblo es de la más rica de todas las Indias, porque los vecinos de él (casi todos) son mercaderes.

Éstos, cuando supieron la nueva para ellos penosa y desgraciada, concuerrieron muchos al monasterio con el mismo sentimiento que tuvieron los de Xuchimilco y lloraron amargamente en la iglesia, delante del santísimo sacramento, y después con otros tres frailes que había en aquella casa; los cuales, llorando también con ellos de compasión, procuraban de consolarlos; pero no había consuelo para quien tanto sentía la pérdida que ellos imaginaban si los frailes les faltaban; antes creció tanto su dolor y el deseo de alcanzar su remedio que acordaron de ir luego a Mexico, no espantándolos la distancia del camino (que son diez y nueve o veinte leguas) ni curando de aguardar mucho matalotaje. Y así vinieron luego no tres o cuatro, como procuradores, sino más de ochocientos, y hubo muchos que dijeron ser más de mil; y quisieron venir muchas indias con ellos, mas no lo consintieron los principales por ser tan lejos.

Llegados a esta ciudad entraron en el convento de San Francisco, con el ímpetu y sentimiento que queda dicho de los otros (porque esta gente ha sido muy devota en esta Nueva España) haciendo y diciendo tantas lástimas que el provincial no pudo dejar de enviarlos conso!ados, dándoles frailes que asistiesen en su monasterio, como lo había hecho con los de Cuauhtitlan y Xuchimilco. Y obró Dios lo que suele con los misericordiosos² (según se lo tiene prometido) que estando entonces los frailes de la provincia muy descuidados de que les viniese socorro de España, porque estaban certificados que el general de la orden no quería dar frailes y los provinciales, por el consiguiente, no consentían que se les sacase alguno de sus provincias. Cerrada la puerta de toda esperanza humana apenas hubieron proveído aquellas tres casas de religiosos cuando tuvieron nueva que habían llegado al puerto veinte y cinco; los primeros de los ciento y

² Math. 5.

veinte que iba sacando fray Jacobo, en virtud de la bula que dio el papa Paulo III, a pedimento del muy católico emperador. Con esta tan buena ayuda se pudo fácilmente suplir la falta que los indios y frailes de la provincia padecían y hubo para enviar nuevos obreros a Yucatán y Guatemala; con que toda la tierra quedó consolada.

CAPÍTULO V. *De lo que hicieron los indios de el pueblo de Quauhtinchan por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco, y lo que pasaron por no querer recibir religiosos de otra orden*



MUCHOS HAN SIDO LOS PUEBLOS DE ESTA Nueva España que han padecido grandes trabajos y puesto de su parte suma diligencia por no perder la doctrina de los frailes de San Francisco que los convirtieron primeramente a la fe y los criaron con la leche y manjar de el santo evangelio; aunque algunos no pudieron salir con ello por la falta que en aquella sazón hubo de frailes de esta orden para cumplir con todos; pero otros, por su buena diligencia, tuvieron dicha de alcanzarlo. De éstos contaré dos o tres ejemplos, por haber sido notables y de grande consideración para nuestros españoles, en orden de estimar, reverenciar y querer a los ministros evangélicos.

El año de 1554 un padre provincial de cierta orden, que después fue obispo en una iglesia de estas Indias, rogó al provincial de los franciscos que a la sazón era el siervo de Dios fray Juan de San Francisco (cuya heroica y apostólica vida se dice en su crónica) que pues no tenía frailes en el pueblo de Quauhtinchan (que es seis leguas de la ciudad de los Ángeles, entre el oriente y medio día) sino que lo visitaban de el convento de Tepeaca, que se lo dejase a su cargo y que él pondría frailes que asistiesen de asiento y diesen recaudo de doctrina y sacramentos a aquellos indios, porque no tenían monasterio de su orden en toda aquella comarca de la ciudad de los Ángeles, a cuya causa su convento, que en ella tenían, padecía mucha necesidad por falta de alguna ayuda y socorro. El provincial francisco, condescendiendo fácilmente con su ruego, dijo que por lo que a él y a su orden tocaba, pusiese frailes con la bendición de Dios en Quauhtinchan, que él, ni los suyos, por ninguna vía se lo estorbarían, ni contradirían. Alegre con esta respuesta el otro provincial que lo pretendía, no quiso fiar de otro la conclusión de un negocio que tanto él y sus frailes deseaban; mas antes se aprestó para ir en persona a tomar la posesión y ganar la voluntad de los indios, pareciéndole que por ser provincial le tendrían más respeto y que con sus buenos medios tendría más eficacia para atraerlos. Y así, tomando por su compañero a otro padre viejo (ambos en realidad de verdad santos religiosos) fueron derechos a Quauhtinchan, donde llegaron un martes, diez días de el mes de junio de el dicho año. En este medio ya los indios habían oído decir cómo el provincial de San Francisco había dado su